

Documento ABC.00.01.15.

El trabajo y la vocación del hombre en José Antonio

ABC.00.01.15.01. Introducción y planteamiento del Seminario ABC.00.01.15.:

1. Con este seminario ABC.00.01.15, dedicado a los conceptos de trabajo y vocación en José Antonio, termina nuestro módulo primero del curso ABC.00.; módulo cuyo objeto ha sido explicar la supremacía absoluta de lo espiritual en el ideario joseantoniano. Y no podía quedar mejor cerrado el curso así por cuanto trabajo y vocación son cuestiones fundamentales en toda concepción espiritual del mundo y de la historia.
2. Se ha dicho que José Antonio llegó a preparar la tesis doctoral de su doctorado en derecho sobre el laborismo inglés. En todo caso, es indiscutible su interés por los temas sociales. Sin embargo, son muy pocas sus referencias al mundo laboral en sí y a la vocación, asuntos claves en todo proceso de realización de la personalidad humana. Por ello, procede, ante todo hacer un repaso de todas y cada una de sus menciones a estos dos grandes temas, trabajo y vocación, como contexto previo y necesario al desarrollo concreto de este seminario.
3. En primer lugar, hay que tener en cuenta que José Antonio parte de la consideración del trabajo como una mera función humana. Así, el 29 de octubre de 1933, en su discurso en el Teatro de la Comedia, dice: *“Queremos que todos se sientan miembros de una comunidad seria y completa; es decir, que las funciones a realizar son muchas: unos, con el trabajo manual; otros, con el trabajo del espíritu; algunos, con un magisterio de costumbres y refinamientos... pero qué en una comunidad tal y como nosotros apetecemos, sépase desde ahora, no debe haber convidados ni debe haber zánganos”* (Edición del Centenario, pp. 348 y 349). A continuación, añade: *“Queremos que no se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los famélicos, sino que se dé a todo hombre, a todo miembro de la comunidad política, por el hecho de serlo, la manera de ganarse con su trabajo una vida humana, justa y digna”* (Edición del Centenario, p. 349).
4. De esta concepción meramente funcional del trabajo, José Antonio va a pasar, en los Puntos Iniciales de Falange Española (7 de diciembre de 1933), a su consideración del trabajo en el contexto social de la lucha de clases: *“La lucha de clases ignora la unidad de la Patria, porque rompe la idea de la producción nacional como conjunto. Los patronos se proponen, en estado de lucha, ganar más. Los obreros, también. Y, alternativamente, se tiranizan. En las épocas de crisis de trabajo, los patronos abusan de los obreros. En las épocas de sobra de trabajo, o cuando las organizaciones obreras son muy fuertes, los obreros abusan de los patronos. Ni los obreros ni los patronos se dan cuenta de esta verdad: unos y otros son cooperadores en la obra conjunta de la producción nacional. No pensando en la producción nacional, sino en el interés o en la ambición de cada clase, acaban por destruirse y arruinarse patronos y obreros”*, (Edición del Centenario, p. 377).
5. Más adelante, en el mismo texto de los Puntos Iniciales, pasa a tratar del trabajo cuando considera a los sindicatos como unidades de convivencia laboral, a fin de justificar su propuesta de supresión de los partidos políticos. Es en el “Punto VI. De la superación de la lucha de clases” donde trata por extenso del trabajo: *“El nuevo Estado no se inhibirá cruelmente de la lucha por la vida que sostienen los hombres. No dejará que cada clase se las arregle como pueda para librarse del yugo de la otra o para tiranizarla... El trabajo es el mejor título de dignidad civil. Nada puede merecer más la atención del Estado que la dignidad y bienestar de los trabajadores. Así considerará como primera obligación suya, cueste lo que cueste, proporcionar a todo hombre trabajo que le asegure no sólo el sustento, sino una vida digna y humana. Y esto no lo hará como limosna, sino como cumplimiento de un deber”*, (Edición del Centenario, pp. 379 y 380). Y, en el Punto VII. El individuo afirma: *“Los parásitos, los*

zánganos, los que aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás, no merecerán la menor consideración del Estado nuevo”, (Edición del Centenario, p. 381).

6. Poco tiempo después, el 25 de enero de 1934, en “F.E.”, José Antonio tiene ocasión de dejar bien claro que *“A Falange Española no le interesa nada, como tipo social, el “señorito”. El “señorito” es la degeneración del “señor”, del “hidalgo” que escribió, y hasta hace bien poco, las mejores páginas de nuestra historia*”, (Edición del Centenario, p. 440). Y, más adelante, añade: *“Como aquí no se engaña a nadie, quede bien claro que nosotros, como todos los humanos que se consagran a un esfuerzo, podremos triunfar o fracasar. Pero que, si triunfamos, no triunfarán con nosotros los “señoritos”. El ocioso, convidado a la vida sin contribuir en nada a las comunes tareas, es un tipo llamado a desaparecer en toda comunidad bien regida. La humanidad tiene sobre sus hombros demasiadas cargas para que unos cuantos se consideren exentos de toda obligación. Claro que no todos tienen que hacer las mismas faenas. Desde el trabajo manual más humilde hasta la magistratura social de ejemplo y de refinamiento, son muchas las tareas que realizar. Pero hay que realizar alguna. El papel de invitado que no paga lleva camino de extinguirse en el mundo. Y eso es lo que queremos nosotros, que se extinga. Para bien de los humildes, que en número de millones llevan una vida infrahumana, a cuyo mejoramiento tenemos que consagrarnos todos. Y para bien de los mismos “señoritos”, que al volver a encontrar digno empleo para sus dotes recobrarán, rehabilitados, la verdadera jerarquía que malgastaron en demasiadas horas de holganza*”, (Edición del Centenario, p. 441).
7. A continuación son numerosas las ocasiones en que José Antonio, tanto en sus escritos como en sus discursos, trata del trabajo y de los trabajadores en el drama antisocial del liberalismo y del capitalismo: justifica el nacimiento del socialismo, pero, inmediatamente lo descalifica porque *“la revolución socialista nos dividía por clases, una contra otra, en inacabable lucha*”, (Edición del Centenario, p. 496). Y en “Libertad”, de Valladolid, el 27 de agosto de 1934, afirma: *“El marxismo es una organización para el envenenamiento de las masas, que hay que extirpar implacablemente*”, (Edición del Centenario, p. 678).
8. A finales de noviembre de 1934 se publican los 27 Puntos de la Norma Programática de FE de las JONS. Los Puntos 15 y 16 se refieren al trabajo y dicen así: *“15. Todos los españoles tienen derecho al trabajo. Las entidades públicas sostendrán necesariamente a quiénes se hallen en paro forzoso. Mientras se llega a la nueva estructura total, mantendremos e intensificaremos todas las ventajas proporcionadas al obrero por las vigentes leyes sociales. 16. Todos los españoles no impedidos tienen el deber del trabajo. El Estado nacionalsindicalista no tributará la menor consideración a los que no cumplen función alguna y aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás*”, (Edición del Centenario, p. 797). Los Puntos anteriores, del 9 al 14, se refieren a Economía y lucha de clases.
9. Un tema que preocupa profundamente a José Antonio es el del paro forzoso: *“Esos 700.000 españoles cuya existencia es un milagro*”, (Edición del Centenario, p. 894).
10. Hasta ahora José Antonio ha considerado el trabajo, políticamente, en cuanto función laboral, ocupación y paro. Pero va a empezar a considerar el trabajo en su total sentido en su conferencia en el Círculo Mercantil de Madrid, el 9 de abril de 1935, *“Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo*”. Después de haber avisado que *“desde el punto de vista social va a resultar que, sin querer, voy a estar de acuerdo en más de un punto con la crítica que hizo Carlos Marx*”, José Antonio examina el fenómeno de la proletarización y dice: *“Los artesanos desplazados de sus oficios, los artesanos que eran dueños de su instrumento de producción y que, naturalmente, tienen que vender su instrumento de producción porque ya no les sirve para nada; los pequeños productores, los pequeños comerciantes, van siendo aniquilados económicamente por este avance ingente, inmenso, incontenible del gran capital y acaban incorporándose al proletariado, se proletarizan, Marx lo describe con un extraordinario acento dramático cuando dice que estos hombres, después de haber vendido sus productos, después de haber vendido el instrumento con que elaboraban sus productos, después de haber vendido sus casas, ya no tienen nada que vender, y entonces se dan cuenta de de que ellos mismos pueden*

ser una mercancía, de que su propio trabajo puede ser una mercancía, y se lanzan al mercado a alquilarse por una temporal esclavitud. Pues bien, este fenómeno de la proletarización de masas enormes y de su aglomeración en las urbes alrededor de las fábricas es otro de los síntomas de quiebra social del capitalismo”, (Edición del Centenario, pp. 947 y 948).

11. En esa misma conferencia, el 9 de abril de 1935, José Antonio examina el fenómeno de la desocupación por el auge del maquinismo. Y afirma: *“El desplazamiento del hombre por la máquina no tiene ni la compensación poética que se atribuyó a la máquina en los primeros tiempos, aquella compensación que consistía en aliviar a los hombres de una tarea formidable. Se decía: “No; las máquinas harán nuestro trabajo, las máquinas nos liberarán de nuestra labor”. No tiene esa compensación poética, porque lo que ha hecho la máquina no ha sido reducir la jornada de los hombres, sino, manteniendo la jornada igual poco más o menos — pues la reducción de la jornada se debe a causas distintas—, desplazar a todos los hombres sobrantes. Ni ha tenido la compensación de implicar un aumento de los salarios, porque evidentemente los salarios de los obreros han aumentado; pero aquí también lo tenemos que decir todo tal como lo encontramos en las estadísticas y en la verdad. ¿Sabéis, en la época de prosperidad de los Estados Unidos, en la mejor época, desde 1922 hasta 1929, en cuánto aumentó el volumen total de los salarios pagados a los obreros? Pues aumentó en el 5 por 100. Y ¿sabéis, en la misma época, en cuánto aumentaron los dividendos percibidos por el capital? Pues aumentaron en el 86 por 100. ¡Decid si es una manera equitativa de repartir las ventajas del maquinismo!”*, (Edición del Centenario, p. 948).
12. El proceso de radicalización de José Antonio se va aclarando y acelerando progresivamente. Hito fundamental de este proceso es su discurso del 19 de mayo en el cine Madrid en el que afirma: *“Pensad a lo que ha venido a quedar reducido el hombre europeo por obra del capitalismo. Ya no tiene casa, ya no tiene patrimonio, ya no tiene individualidad, ya no tiene habilidad artesana, ya es un simple número en las aglomeraciones. Hay por ahí demagogos de izquierda que hablan contra la propiedad feudal y dicen que los obreros viven como esclavos. Pues bien, nosotros, que no cultivamos ninguna demagogia, podemos decir que la propiedad feudal era mucho mejor que la propiedad capitalista y que los obreros están peor que los esclavos. La propiedad feudal imponía al señor, al tiempo que le daba derechos, una serie de cargas; tenía que atender a la defensa y aun a la manutención de sus súbditos. La propiedad capitalista es fría e implacable; en el mejor de los casos, no cobra la renta, pero se desentiende del destino de los sometidos. Y en cuanto a los esclavos, éstos eran un elemento patrimonial en la fortuna del señor; el señor tenía que cuidar de que el esclavo no se le muriese, porque el esclavo le costaba el dinero, como una máquina, como un caballo, mientras que ahora se muere un obrero y saben los grandes señores de la industria capitalista que tienen cientos de miles de famélicos esperando a la puerta para sustituirle”, (Edición del Centenario, p. 996).*
13. El siguiente hito fundamental en la progresiva radicalización de José Antonio es un prólogo. El prólogo que puso, en agosto de 1935, al libro *“Arriba España”* de J. Pérez de Cabo. En este prólogo, José Antonio, dice: *“He aquí la tarea de nuestro tiempo: devolver a los hombres los sabores antiguos de la norma y del pan. Hacerles ver que la norma es mejor que el desenfreno; que hasta para desenfrenarse alguna vez hay que estar seguro de que es posible la vuelta a un asidero fijo. Y, por otra parte, en lo económico, volver a poner al hombre los pies sobre la tierra, ligarle de una manera más profunda a sus cosas, al hogar en que vive y a la obra diaria de sus manos. ¿Se concibe forma más feroz de existencia que la del proletario que acaso vive durante cuatro lustros fabricando el mismo tornillo en la misma nave inmensa, sin ver jamás completo el artificio de que aquel tornillo va a formar parte y sin estar ligado a la fábrica más que por la inhumana frialdad de la nómina?”*, (Edición del Centenario, p. 1099).
14. Radicalización política que también se manifiesta cuando recuerda la alegría del 14 de abril: *“la aspiración ferviente hacia el recobro de la unidad espiritual de España sobre nuevas bases de existencia física popular: Patria y justicia para un pueblo sufrido. Nación y trabajo, dijo más tarde Ortega y Gasset”* (7 noviembre, 1935. Edición del Centenario, p. 1177).

15. El diagnóstico de su tiempo adquiere un perfil dramático en José Antonio ante las elecciones de 1936. En su discurso en el cine Europa, el 2 de febrero de 1936, afirma: *“El mundo entero está viviendo los últimos instantes de la agonía del orden capitalista y liberal; ya no puede más el mundo porque el orden capitalista y liberal ha roto la armonía entre el hombre y su contorno, entre el hombre y la patria. Como liberal convirtió a cada individuo en el centro del mundo; el individuo se consideraba exento de todo servicio; consideraba la convivencia con los demás como teatro de manifestación de su vanidad, de sus ambiciones o de sus extravagancias; cada hombre era insolidario de todos los otros. Como capitalista fue sustituyendo la propiedad humana, familiar, gremial, municipal por la absorción de todo el contenido económico en provecho de unos grandes aparatos de dominación, de unos grandes aparatos donde la presencia humana directa está sustituida por la presencia helada, inhumana del título escrito, de la acción, de la obligación, de la carta de crédito. Hemos llegado al final de esta época liberal capitalista a no sentirnos ligados por nada en lo alto, por nada en lo bajo; no tenemos ni un destino patrio común, porque cada cual ve a la Patria desde el estrecho mirador de su partido, ni una sólida convivencia económica, una manera fuerte de sentirnos sujetos sobre la tierra. Los unos, los más privilegiados, nos hemos ido quedando en ejercientes de profesiones liberales, pendientes de una clientela movediza que nos encomienda un pleito, de que se nos encomiende una operación quirúrgica o la edificación de una casa; los otros en esta cosa tremenda que es ser empleado durante años y años de una oficina, en cuya suerte, en cuya prosperidad, no se participa directamente; los últimos en no tener ni siquiera un empleo liberal, ni siquiera una oficina donde servir, ni siquiera una tierra un poco suya que regar con el sudor, sino en la situación desesperante y monstruosa de ser proletarios, es decir, hombres que ya vendieron su tierra y sus herramientas y su casa, que ya no tienen nada que vender, y como no tienen nada que vender, han de alquilar por unas horas las fuerzas de sus propios brazos, han de instalarse, como yo los he visto, en esas plazas de los pueblos de Andalucía soportando el sol, a ver si pasa alguien que los tome por unas horas a cambio de un jornal, como se toma[n] en los mercados de Abisinia los esclavos y los camellos”,* (Edición del Centenario, pp. 1353 y 1354).
16. Nada más sobre el trabajo y su significación para el hombre. Algún texto más, de escasa importancia, se podría todavía arañar en búsqueda más despaciosa. No añadiría mucho más. José Antonio no tuvo ocasión ni tiempo de formular una teoría sobre el trabajo y la condición humana. No la tenemos, pero la necesitamos. Sin saber por qué y para qué trabaja el hombre, no se puede dirigir una empresa, no se puede ordenar una organización, con o sin ánimo de lucro. Tenemos que saber algo más sobre el trabajo y su primera derivada, la vocación. Algún día dedicaremos a estos dos fundamentales asuntos un curso completo. Mientras tanto nos resignamos a saber que no sabemos casi nada de esto a lo que todos dedicamos la flor de nuestra vida.
17. En cuanto al problema de la vocación, entiendo que, de forma oblicua, aparece en José Antonio en Valladolid, ante el SEU, el 20 de enero de 1935, cuando les dice a los universitarios: *“Han pasado los días en que se podía ser sólo universitario o poeta o artista. Nuestra época os arrastra y no nos deja encerrarnos en torres de marfil. Eso era atributo de las épocas rancias en que, roto el sentido de la unidad del mundo, cada uno pensaba hacer un mundo aislado de su propia vida”,* (Edición del Centenario, p. 833).
18. Pero cuando José Antonio trata magistralmente el tema de la vocación es el su escrito *“España, incómoda”* publicado en *“Haz”* el 26 de marzo de 1935, donde dice: *“Yo fui también de los que aspiraron a vivir en su celda. No sé de privilegio más atractivo que este de haber encontrado la vocación, de haberse encontrado uno mismo. La mayor parte de los mortales viven como descaminados: aceptan su destino con resignación, pero no sin la secreta esperanza de eludirlo algún día. He visto a muchos hombres que en medio de las profesiones más apasionantes (como, por ejemplo, la magnífica, total, humana y profunda profesión militar) soñaban con escaparse un día, con hallar un portillo que los condujera a la tranquilidad burocrática o al ajetreo mercantil. Éstas son gentes que viven una falsa existencia; una existencia que no era la que les*

estaba destinada. A veces siento pirandelliana angustia por la suerte de tantas auténticas vidas que sus protagonistas no vivieron, prendidos a una vida falsificada. Por eso mido en lo que vale el haber encontrado la vocación. Y sé que no hay aplausos que valgan, ni de lejos, lo que la pacífica alegría de sentirse acorde con la propia estrella. Sólo son felices los que saben que la luz que entra por su balcón cada mañana viene a iluminar la tarea justa que les está asignada en la armonía del mundo. Pero hoy no podemos aislarnos en la celda. Primero, porque sube de la calle demasiado ruido. Después, porque el desentendernos de lo que pasa fuera no sería servir a nuestro destino en el destino universal, sino convertir monstruosamente a nuestro destino en universo. Nuestra época no es ya para la soberbia de los esteticistas solitarios ni para la mugrienta pereza, disfrazada de idealismo, de aquellos perniciosos gandules que se ufanan en llamarse “rebeldes”. Hoy hay que servir. La función de servicio, de artesanía, ha cobrado su dignidad gloriosa y robusta. Ninguno está exento —filósofo, militar o estudiante— de tomar parte en los afanes civiles. Conocemos este deber y no tratamos de burlarlo”, (Edición del Centenario, p. 997).

19. En otro texto, tan alejado en principio del tema de la vocación como es su conferencia sobre “Estado, Individuo y libertad”, José Antonio dice: “La Patria es una unidad de destino en lo universal y el individuo el portador de una misión peculiar en la armonía del Estado... Aceptada esta definición del ser —portador de una misión, unidad cumplidora de un destino—, florece la noble, grande y robusta concepción del “servicio”. Si nadie existe sino como ejecutor de una tarea, se alcanza precisamente la personalidad, la unidad y la libertad propias, “sirviendo” en la armonía total. ¡Se abre una era de infinita fecundidad al lograr la armonía y la unidad de los seres! Nadie se siente doble, disperso, contradictorio entre lo que es realidad y lo que la vida pública representa. Interviene, pues, el individuo en el Estado como cumplidor de una función, y no por medio de los partidos políticos; no como representante de una falsa soberanía, sino por tener un oficio, una familia, por pertenecer a un municipio. Se es así, a la vez que laborioso operario depositario del poder”, (Edición del Centenario, p. 926).
20. Bellísimo resulta el final de su conferencia “Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo”, en el Círculo Mercantil de Madrid, cuando reclama para España que asuma el papel de armonizadora del destino del hombre y del destino de la Patria: “Cuando se logre eso (y se puede lograr, y esa es la clave de la existencia de Europa, que así fue Europa cuando fue y así tendrán que volver a ser Europa y España), sabremos que cada uno de nuestros actos, en el más familiar de nuestros actos, en la más humilde de nuestras tareas diarias estamos sirviendo, al par de nuestro modesto destino individual, el destino de España y de Europa y del mundo, el destino total y armonioso de la Creación”, (Edición del Centenario, p. 997).
21. Y no olvidemos que, según el “Catecismo de la Iglesia Católica”: “Dios llama a cada uno por su nombre” (cf Is. 43, ; Jn. 10,3).

ABC.00.01.15.02. El hombre como “Homo faber”:

1. Si examinamos el devenir de la humanidad con los ojos de Hegel y lo consideramos, por lo tanto, desde el punto de vista de la valoración del trabajo, tenemos que concluir que ello solo ha sido posible desde la modernidad. En efecto, sólo a partir de entonces, se considera el trabajo, la laboriosidad, como el sentido de la vida del hombre. Sólo desde la modernidad se ha considerado al hombre como “homo faber”, no sólo a los esclavos o a los obreros.
2. Desde esta nueva perspectiva, resulta mucho más evidente la conexión entre el hacer y el hacerse, el trabajo y la propia formación, y que el hombre es un ser a —y a la vez un “homo faber destinado a hacerse—. En definitiva, que el medio esencial para “hacerse” el hombre lo tiene en el mismo hacer: la acción y el trabajo
3. Por acción, se entiende toda actividad del hombre que pone de manifiesto su carácter (*ethos*) como persona; es decir, su postura consciente y voluntaria frente a toda realidad. Por ello, toda acción tiene su raíz en una decisión. La decisión es, por lo tanto, el momento fundacional de la

acción. La acción se considera, así, como la expresión de la persona, porque implica la deliberación y la decisión, en las que cada persona se realiza.

4. Por medio de sus acciones, el hombre, además de hacer cosas, se hace a sí mismo, va creando sus hábitos, su carácter, y, en definitiva, su personalidad, su identidad personal, que le define por sus propósitos (fines), sus motivos, que constituyen su estructura personal y motivacional; es decir, todo aquello que le impulsa a obrar. Además de este contexto personal, (intenciones, propósitos, hábitos, carácter e identidad personal) siempre habrá que tener en cuenta el contexto social en que la acción se desarrolla y que tampoco la determina, pero que también la condiciona, bien a favor o bien en contra. Y aquí puede deducirse que la acción hace al hombre y que también la acción hace a la sociedad.
5. La afirmación de K. Marx y F. Engels de que “el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a producir sus medios de vida” (“*La ideología alemana*”, Montevideo, Barcelona, 1970, p. 19). Parece confirmada por E. Carbonelle, codirector de las excavaciones del yacimiento de Atapuerca, cuando afirma: “Lo que nos ha convertido en humanos es la tecnología. Los humanos básicamente fabricamos utensilios, y eso empezó a hacer aquella gente hace dos millones y medio de años. Nosotros no estamos sometidos sólo a la selección natural, sino también a la selección técnica, y es esta selección técnica la que ha provocado que a lo largo de la historia, unos grupos humanos hayan tenido más éxito que otros”, (E. Carbonell y otros: “*Sapiens, el largo camino de los homínidos hacia la inteligencia*”, Barcelona, 2000).
6. Se podría decir que tantos años trabajando y el hombre sin saberlo. El hombre moderno no ha tenido conciencia de su dimensión como trabajador hasta la revolución industrial en Europa. La revolución industrial es la que crea la conciencia de que el hombre es trabajador. Desde entonces se estudia y se considera el trabajo como la relación esencial del hombre con su obrar técnico, dirigido al dominio de las fuerzas naturales que tiene como objetivo la producción y la distribución de los bienes.

ABC.00.01.15.03. Carácter vital del trabajo. El hombre y la naturaleza:

1. Una primera aproximación al fenómeno del trabajo, lo considera como la manera con que le hombre consigue los medios de vida, los medios para satisfacer sus necesidades. De entrada, pueden distinguirse en el trabajo varios aspectos: su carácter *social*, en cuanto tarea colectiva que exige cooperación, comunicación y organización dentro de un grupo. Su carácter *técnico* pues exige un dominio de ciertas habilidades y el empleo de un “*savoir faire*” o en “*know how*”. Por último, el trabajo tiene una finalidad *vital*, referida a la propia sociedad, a la reproducción y perpetuación biocultural de la población.
2. El hombre trabaja para satisfacer sus necesidades humanas y, para ello se pone en relación con la naturaleza. Así lo considera K. Marx: “El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre. Proceso que este realiza, regula y controla mediante su propia acción y su intercambio de materias con la naturaleza” (K. Marx, “*El Capital*”, México), 1935, I, p. 130).
3. Esta es, además la significación bíblica del trabajo, en la que hay que distinguir dos periodos de tiempo bien diferenciados por el pecado original. Dice así el libro del Génesis: “*Y dijo Dios: “Hagamos al Ser humano a nuestra imagen y semejanza y manden en los peces del mar y en las aves de cielo, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres y en todos los reptiles que reptan por la tierra. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó. Y los bendijo con estas palabras: “Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que repta sobre la tierra”. Dijo Dios: “Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la faz de toda la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; os servirá de alimento. Y a todo animal terrestre, y a toda ave del cielo y a todos los reptiles de la tierra, a todo ser animado de la vida, les doy la hierba verde como alimento”. Y así fue. Vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien. Y atardeció y amaneció: día sexto” (Gn 1, 26-30).*

4. Más adelante, el mismo libro bíblico del Génesis continúa: *“El día en que hizo Yahvé la tierra y el cielo, no había aún en la tierra arbusto alguno del campo y ninguna hierba del campo había germinado todavía, pues Yahvé Dios no había hecho llover sobre la tierra ni había hombre que labrara el suelo. Pero un manantial brotaba de la tierra y regaba toda la superficie del suelo. Entonces Yahvé formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente”* (Gn 2, 5-7).
5. Y sigue así el Génesis: *“Luego plantó Yahvé Dios un jardín en Edén, al Oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yahvé Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y, en medio del jardín, el árbol de la vida y de la ciencia del bien y del mal”* (Gn 2, 2-9). Y continúa: *“Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase”* (Gn 2, 15).
6. Hasta aquí la primera parte del relato del Génesis: la creación del hombre, que tendrá que *“labrar el suelo”* y al que dejó en el Jardín del Edén para que *“lo labrase y cuidase”*. Después vino la caída (Gn. 3, 1-21). Y aquí empieza la segunda parte: *“Al hombre le dijo: Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa; con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas al suelo pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás”* (Gn 3, 13-19). Y concluye el Génesis: *“Y lo echó Yahvé Dios del jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado”*, (Gn 3, 2-3).
7. Del texto del Génesis transcrito resulta:
 - a. El trabajo no es un castigo bíblico, consecuencia de la caída de la primera pareja. Ya antes, en el Edén, el hombre tenía que trabajar: *“Lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase”*.
 - b. El castigo bíblico no es el trabajo sino: *“Con el sudor de tu rostro comerás el pan”* y *“con la fatiga sacarás de él el alimento”*.
8. No parece dudosa la interpretación de la Biblia para conocer que el sufrimiento es una dimensión añadida al trabajo, como castigo, desde la expulsión del hombre del paraíso. A ratificar esta interpretación, contribuye el origen etimológico del vocablo “trabajo” en todas las lenguas románicas derivadas del latín. Según el diccionario de la Real Academia Española trabajo viene de *“tripalium”*, un artificio de tres palos y tres correas que servía para manear al caballo mientras el jinete dormía y con el cual azotaba al esclavo o auxiliar mercenario. En castellano, gallego, catalán, portugués, francés, etc.. trabajo deriva de *tripalium* como recuerdo por los entonces vencidos (lusos, celtíberos, francos), de la prepotencia de los caballeros romanos.
9. Así lo dice el *“Catecismo de la Iglesia Católica”*: *“Signo de la familiaridad del hombre con Dios es el hecho de que Dios lo coloca en su jardín (cf Gn 2,8). Vive allí para “cultivar la tierra y guardarla” (Gn 2, 15), el trabajo no le es penoso (cf Gn 3, 17-19) sino que es la colaboración del hombre y de la mujer con Dios en el perfeccionamiento de la creación visible”*. *Catecismo*, 378).

ABC.00.01.15.04. Carácter cultural del trabajo, como formación del hombre:

1. Otro aspecto, a considerar, del trabajo es su dimensión cultural, en cuanto su ejercicio contribuye a la formación del hombre. Mientras el hombre elabora los productos de la naturaleza, el hombre se forma a sí mismo, como persona, con una identidad personal y social, puesto que se forma también como miembro de la sociedad civil. Con el trabajo el hombre adquiere capacidad teórica y práctica, adquiere conocimientos y habilidades.
2. El trabajo es parte de la cultura (en contraposición a lo natural, a lo espontáneo). Es necesario trabajar para ejercitar el esfuerzo, la responsabilidad, la constancia. Sólo quien trabaja sabe qué es la vida y así se forma como persona. Puede decirse, por lo tanto, que el trabajo es el medio para la autorrealización de la persona. Es lo que permite al hombre el despliegue de sus

capacidades, ideales e intereses. En una palabra, es el medio a través del cual el hombre desarrolla y ejercita su vocación.

3. Marx destaca el carácter formador del trabajo y atribuye a Hegel el descubrimiento de este carácter de trabajo como formador del hombre, tal como resulta del cap. IV de su *"Fenomenología del Espíritu"*. Pero K. Marx va más allá y afirma que el trabajo es el proceso de autogeneración de la especie humana: "Lo grandioso de la *"Fenomenología"* hegeliana y su resultado final es, pues, en primer lugar, que Hegel concibe la autogeneración del hombre como un proceso... que capta la esencia del trabajo y concibe al hombre... como resultado de su propio trabajo" (*"Manuscritos de París"*, en *"Obras de Marx y Engels"*, V., Barcelona, 1975, 301-435, ref. 417). Según Marx, por lo tanto, es Hegel quien ha entendido el primero que el trabajo es el motor de la Historia. Marx considera el trabajo no sólo como motor, sino como el termómetro indicador del progreso económico, social, político y moral. Todo ello, de acuerdo con su paradigma de que es la estructura económica lo que determina todo lo demás: la super estructura jurídica, política, moral y religiosa.
4. El trabajo, además, sitúa la hombre en el conjunto social, lo identifica y es uno de los rasgos más importantes en la definición de su identidad.

ABC.00.01.15.05. Carácter social del trabajo. Las relaciones sociales:

1. La consideración efectuada, hasta ahora, del trabajo, más bien conviene a una de sus etapas ya superada de su historia, cuando el trabajo estaba exclusivamente dedicado a la agricultura y a la ganadería (naturaleza). Pero desde la modernidad todo el trabajo ya no es así, dada la aparición de la manufactura y de la industria. Y menos aún, hoy, en nuestra civilización tecnológica y cibernética. En nuestro tiempo el trabajo ya no significa intercambio del hombre con la naturaleza, sino involucrarse el factor humano en todo un proceso de producción, de cuyo sistema el trabajador desconoce casi todo, excepto aquella minúscula parte en que consiste la tarea asignada a su puesto de trabajo.
2. El trabajo, así visto para el trabajador apenas es algo más que un medio de vida, una condición para obtener el salario del que depende su subsistencia. Visto desde el empresario, (propietario de los medios de producción), el trabajo, tanto el suyo como el de los demás, no es más que un medio para satisfacer su afán de lucro. Sólo visto desde la sociedad civil, aparece el trabajo como medio de integrar a los individuos; integración laboral a completar con la integración social que resulta de la integración cultural.
3. En este contexto, el trabajador, hoy, no es más que un elemento más de la necesaria "fuerza de trabajo" (man power) auxiliar y complementaria de la maquinaria. Una pieza más, tan necesaria como intercambiable y sustituible del sistema de producción. Cada vez más, el trabajador no encuentra satisfacción alguna en la ejecución de sus funciones y tareas en su puesto de trabajo, por lo que toda su atención queda centrada en lo que considera la única utilidad para el de su actividad laboral: la remuneración o salario que obtiene como contraprestación material. Poca gente tiene, hoy, la oportunidad de concebir su trabajo como medio de satisfacción directa de sus necesidades espirituales.
4. Por otra parte, la progresiva *"división del trabajo"* ha acelerado todavía más este proceso en el mundo industrial de deshumanización del trabajo. De tal forma que el trabajador interviene puntualmente en el proceso total, pero sin conocer ni el por qué ni el para qué de su aportación laboral.
5. Pero con división o no del trabajo, es claro que es este quien crea las relaciones del trabajador, exclusivamente de índole laboral en un principio, para evolucionar a relaciones sociales en general. Incluso el trabajo, (tanto en su contenido como en cuanto a su remuneración), sitúa a cada uno en su puesto en la sociedad.
6. Este carácter social del trabajo, exclusivo desde el punto de vista del trabajador, potencia la capacidad conflictiva del trabajo, políticamente exarcebada por quiénes tienen por dogma la lucha de clases. Y esta es la madre de una de las causas del malestar general social de nuestro

tiempo: todo el mundo necesita trabajar para subsistir, pero son muy pocos los que tienen la oportunidad de obtener mediante su trabajo, la satisfacción de sus necesidades específicas de autorrealización. Para los más, el trabajo no pasa de ser el alquiler de sus conocimientos y habilidades durante unas horas al día (40.000 horas en que se calcula el total de la vida laboral) cuya única compensación es material: el salario o remuneración obtenida.

ABC.00.01.15.06. Libertad y alienación en el trabajo:

1. Las épocas históricas se distinguen unas de otras no por lo que se produce en cada una de ellas, sino por el modo en que se producen las cosas. Es la dinámica de la organización en el empleo y manejo de los medios de producción, lo que ha dado lugar a la llamada fabricación en serie o en cadena. En este método de producción, el trabajador, inexorablemente no pasa de ser un mero auxiliar de todo el proceso de producción, sin iniciativa alguna. Todo está mecanizado, todo está estandarizado, la función y tarea del hombre en este proceso de producción se podría sustituir, y así se hace en la mayoría de los casos, por un robot. Pero lo más grave es que, cuando el hombre no es sustituido por un robot, su función y tarea se desarrolla como si él mismo fuera un robot, aunque de carne y hueso (y también espíritu).
2. De todo ello resulta el trabajo, especialmente el industrial, como alienado y alienador. Y, ello, parece además inevitable, incluso un factor negativo creciente en el futuro y que hará la intervención del factor humano en el proceso de producción cada vez más monótono, rutinario, aburrido y sin sentido. La necesidad de prestación de su esfuerzo físico por el trabajador, ha disminuido, en efecto, gracias al maquinismo y a la técnica. Pero la alienación en el trabajo ha aumentado en la misma proporción.
3. El trabajo es el medio para el desarrollo de las capacidades del hombre y, en este sentido, puede y debe contribuir a la llamada “realización del hombre”. Pero ¿es esto siempre así? Depende del puesto de trabajo, de su contenido y de las prestaciones que conlleve. Pero en la mayoría de los casos, la realización de las tareas especificadas conlleva la atrofia de las facultades mentales y de las habilidades físicas.
4. Las consecuencias es la brecha entre el trabajo llamado directo y el indirecto, sobre todo, en las fábricas. Y, también que esta brecha crezca cada vez más entre el trabajo directivo y el que no lo es. Y este es uno de los dramas ocultos más importante de nuestro tiempo. El hombre necesita ser feliz. Quiere ser feliz. Pero no puede emplear la mayoría de sus horas lúcidas en comprar la probabilidad de ser feliz fuera de su jornada laboral, mediante su esclavitud física y moral durante ésta. Y esto, la organización del trabajo, es lo que hay que intentar arreglar si queremos, de verdad, una empresa nueva con rostro humano y responsabilidad social. Tarea inmensa que no parece nada fácil.

ABC.00.01.15.07. El trabajo en la antigüedad:

1. Ya hemos hablado de ello. La cultura griega valoró el trabajo desde el punto de vista de su dualidad materia y espíritu. Como realización de un esfuerzo corporal (material) el trabajo es indigno de todo hombre libre. Más aún: impide al hombre dedicarse a la contemplación, que es la ocupación propia del sabio. Según Aristóteles: “Trabajo y virtud se excluyen mutuamente”

ABC.00.01.15.08. El trabajo en la modernidad. Su crisis:

1. Para que el trabajo pudiera recibir una valoración positiva, resultaba necesaria su emancipación de la sociedad doméstica y que se convirtiera, como es en la actualidad, en el eje vertebrador de la sociedad civil. Para que ello fuera posible, tuvieron que ocurrir en Europa dos revoluciones: la industrial y la política, como resultado de las cuales apareció un ámbito histórico nuevo, inexistente todavía en gran parte de la tierra: la sociedad civil, tan distinta de la sociedad doméstica (antigüedad) y de la sociedad política o Estado (llevada hasta el paroxismo por los

totalitarismos). El primero que ha entendido este papel emancipador del hombre de la sociedad civil ha sido Hegel. Según él, con la sociedad civil el trabajo pasa a ser el centro de la vida personal y social, de manera que la sociedad se estructura sobre la base del trabajo.

2. Con la revolución industrial, el trabajo (sistema productivo y relaciones laborales) se emancipa de la sociedad doméstica y se constituye en un ámbito propio. La economía desborda la casa familiar (sociedad doméstica) y se convierte en economía social o política.
3. Con la revolución política, surge el ciudadano; es decir, el individuo autónomo cuyo lugar en la sociedad no viene predeterminado por la condición social de su nacimiento, como sucedía en la sociedad feudal estamentaria, sino por supuesto social gracias a su trabajo y a su lugar en el proceso de producción. El Estado deja de ser el elemento configurador de la sociedad civil y se organiza según sus tres poderes (legislativo, ejecutivo y judicial) monopolizando el uso de la violencia externa e interna (defensa y orden público).
4. Una y otra revolución, tanto la industrial como la política, fueron posibles gracias a la madurez del proceso histórico de secularización del cristianismo; proceso al que llamamos modernidad, con origen en la Reforma. Nada hubiera sido posible sin el cambio de mentalidad respecto del trabajo que supuso el cristianismo. Y, ello, por tres motivos. El primero de ellos, resulta del hecho de que su fundador, Jesús de Nazaret, fuera llamado (por que así lo fue) “el hijo del artesano o carpintero” (Mc. 6,3 y Mt. 13,55); también porque Pablo ya se vanagloriaba de que se ganaba el pan con el trabajo de sus manos como tejedor de tiendas (Hch. 18,3). San Pablo llegó a decir: “Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma (2 Ts. 3,10; cf. 1 Ts. 4,11).
5. Otro extremo fundamental, resaltado por Max Weber, fue la influencia del monaquismo durante la edad media. Así, la *Regla de San Benito* (cap. 48, 147) dice: “*La ociosidad es enemiga del alma; por ello han de ocuparse los hermanos a unas horas en el trabajo manual, y otras horas en la lectura divina*”. Y, así, el “*Ora et labora*” fue el lema de la vida monacal.
6. El hito fundamental hacia la revolución industrial y la revolución política, se debió a la Reforma en concreto, al calvinismo. Y así lo ha destacado Max Weber (“La ética protestante y el espíritu del capitalismo” en “*Ensayos sobre sociología de la religión*”, Madrid, 1983, pp. 23-27). El calvinismo secularizó el ideal monacal del trabajo y de la vida sobria convirtiendo en ética profesional y espíritu de ahorro el ideario burgués del trabajo. A ello contribuyó la idea calvinista de la predestinación: el éxito en nuestro trabajo terrenal es signo de nuestra predestinación a la bienaventuranza eterna.
7. Otro problema añadido tiene nuestra época: todo esto que fue la modernidad, (protestantismo, revoluciones industriales, capitalismo, revolución política, liberalismo y democracia) está en crisis. Un nuevo mundo amanece ¿Cómo será? Este el problema: nadie lo sabe. No faltan autores que aseguran que vivimos en una sociedad postindustrial y que ha terminado el concepto de un trabajo con jornada completa, para toda la vida, en la misma empresa y para todo el mundo. Se señala el corte histórico en la crisis de 1973. El trabajo remunerado y fijo se ha convertido en un bien raro y escaso.

ABC.00.01.15.09. Trabajo, técnica y cultura:

1. La técnica, en su sentido más elemental, siempre ha formado parte del trabajo. Así, por técnica entendemos, en general las herramientas con las que el hombre trabaja, potenciando el resultado a obtener con su esfuerzo físico. Por lo tanto la finalidad de la técnica no es otra que ampliar, aumentar la capacidad de los órganos humanos. En especial, en los orígenes de la técnica, la capacidad de la mano, a la que Aristóteles llamó “el órgano de los órganos”. La paleontología nos acredita que existe técnica desde el mismo origen del hombre. El fenómeno de la hominización hoy se estudia desde el punto de vista de la invención y manejo de los utensilios por los homínidos.
2. La necesidad de la técnica se ha concebido siempre desde el punto de vista de la precariedad orgánica y funcional del ser humano. Lo que el hombre pretende con la técnica es la sustitución, descarga y superación de sus órganos. Al principio, se trató de aprovechar algunas fuerzas

naturales como el viento, el agua, etc.. Después, el hombre llegó a crear nuevos mecanismos y nuevas fuerzas, no existentes en la naturaleza. Ello dio lugar a la artesanía, que tendría por objeto ir sustituyendo al hombre como prestador de su fuerza física como energía. Por ejemplo, mediante la utilización de los animales para el trabajo y el empleo y transformación de los metales, etc..

3. Con el Renacimiento empieza a aparecer todo un conjunto de técnicas, siempre unidas al invento de nuevos instrumentos o aparatos como el reloj, el telescopio o el péndulo. Esta fusión, cada vez más estrecha, entre las ciencias naturales y la técnica, le permitió al hombre avanzar decisivamente en el ejercicio del mandato divino de su dominio de la naturaleza. Recordemos que, según F. Bacon la ciencia natural lo que pretende es *“mejorar y aliviar la condición humana”* (F. Bacon, *Novum Organum*, Barcelona, 1979, I 73, p. 65).
4. Con todo ello, acaba surgiendo una nueva actitud ante el mundo y la vida; una actitud basada en la razón. Según Max Weber, esta actitud consiste en saber o creer que no se ha de contar con nada incalculable, en que no hay nada que, en principio no pueda ser conocido, en que no hay que contar con fuerzas mágicas o sobrenaturales, porque: *“todas las cosas, en principio, pueden ser dominadas mediante cálculo. Y esto significa el desencantamiento del mundo”* (Max Weber, *la ciencia como vocación*).
5. Así, la técnica no es sólo un modo nuevo de producir los utensilios con que mejorar la posibilidad de satisfacer nuestras necesidades. A lo largo del tiempo, la técnica ha devenido en un modo nuevo de ver el mundo, de situarnos existencialmente ante la realidad. Es decir, la técnica ha conseguido cuajar una nueva cultura. Así en la historia de la técnica hay autores que distinguen tres etapas: la primera de ellas llega hasta principios del siglo XVIII y en esta etapa la cultura tiene primacía sobre la técnica, que está siempre al servicio de aquella. La segunda etapa, consiste en la cultura de la tecnocracia; y, en ella, es la técnica quien adquiere su hegemonía sobre la cultura. La tercera etapa no se ha dudado en denominarla *“tecnópolis”* porque en ella, la supremacía de la técnica sobre la cultura se ha acentuado todavía más. Y es en esta etapa en la que estamos viviendo: son las tecnologías las que originan nuestras maneras de pensar y de vivir. Estamos en la etapa del *“homo technicus”*. Lo que priva hoy son los alimentos transgénicos, la bio-tecnología, la fecundación artificial, la elaboración del mapa del genoma humano, la clonación de animales y, tal vez incluso la clonación de seres humanos.
6. Sobre la técnica escribió y dijo luminosas palabras Ortega y Gasset. En especial, en su *“Meditación sobre la técnica”*, curso dado en 1933 en la Universidad Internacional de Santander, y luego publicado como libro, que hoy puede leerse en sus *“Obras Completas”*. Por ejemplo. En su edición por la Revista de Occidente, en Madrid, 1947, tomo V pp. 315-371.

ABC.00.01.15.10. Derechos y deberes laborales:

1. Como consecuencia de los abusos en la primera etapa de la revolución industrial y del llamado *“capitalismo salvaje”* apareció el socialismo, que pretendió reivindicar la mejora de las condiciones del trabajo obrero. No es este el momento de narrar las vicisitudes habidas en este empeño. Sólo recordar que, con el propósito de encauzar el ambiente laboral cada vez más conflictivo, en Alemania, el canciller Bismark (1815-1898) va a iniciar una enérgica política social desde el gobierno, que pronto se extenderá a los demás países del mundo. Y, así, se inició la actual etapa de derechos y deberes específicos del trabajador, que completan sus anteriores derechos y deberes políticos como ciudadano, ya reconocidos desde la Revolución Francesa. LO que hoy nos es tan familiar (derechos laborales, sindicatos, ministerios de trabajo, regulaciones de la jornada laboral etc...) sólo tienen, en el mejor de los casos, siglo y medio de antigüedad y, ello, en una escasa porción del globo terraqueo.

ABC.00.01.15.11. Justicia social:

1. Ya que antes nos hemos referido a la doctrina social de la Iglesia, queremos cerrar este seminario dedicado al trabajo, con el concepto que de la justicia social nos da el *“catecismo de la Iglesia católica”* (Madrid, 1992, 24-26): *“El desarrollo de las actividades económicas y el crecimiento de la producción están destinados a satisfacer las necesidades de los seres humanos. La vida económica no tiende solamente a multiplicar los bienes producidos y a aumentar el lucro o el poder; está ordenada ante todo al servicio de las personas, del hombre entero y de toda la comunidad humana. La actividad económica dirigida según sus propios métodos, debe moverse dentro de los límites del orden moral, según la justicia social, a fin de responder al plan de Dios sobre el hombre”* (cf GS 64).